

CAPÍTULO V.

Como el Duque de Borbon y el Conde de Claramonte escribieron á la Reyna y al Infante que por servicio de Dios le vernian servir en esta guerra á sus propias despensas, á ellos placiendo; é la respuesta que le embiaron.

En este tiempo, el Duque de Borbon y el Conde de Claramonte embiaron un Caballero de su casa á la Reyna é al Infante estando en Valladolid, embiándoles decir que habian sabido como ellos hacian guerra á los Moros, é por ser tan justa é tan sancta aquella guerra, que el uno dellos, ó ambos, vernian por servicio de Dios á le servir en ella á su costa por seis meses con mil hombres de armas é dos mil archeros, á ellos placiendo; é por poder venir mas presto é sin hacer daño por tierra, entendian de venir por la mar; é que les pedian por merced que luego les escribiesen lo que mandaban que hiciesen. A lo qual la Reyna y el Infante respondieron teniéndoles en mucha gracia su buen ofrescimiento, é haciéndole saber como en aquel año no se podia hacer la guerra, porque el Andalucía estaba muy menguada de pan, é á esta causa habian otorgado la tregua á los Moros, la qual les habia seydo mucho demandada por ellos, é que placiendo á Nuestro Señor, quando la guerra se hubiese de hacer, ge lo embiarian decir al tiempo que cumplia.

CAPÍTULO VI.

De como el Infante perdonó á Juan de Velasco é á Diego Lopez Destúñiga, é de como vinieron á la Corte.

Y hasta agora Juan de Velasco é Diego Lopez de Estúñiga no habian osado venir á la Corte con recelo que del Infante tenían, ni les habia querido dar seguro; é agora que la Reyna y el Infante estaban mucho acordados, ellos embiaron suplicar muy ahincadamente á la Reyna que les quisiese haber perdon del Infante, lo qual ella le rogó muy ahincadamente. E como quiera que todavía el Infante decia que no sabia qué les habia de perdonar, el Infante los perdonó é les embió su seguro; los quales vinieron á Valladolid en once dias de Marzo del dicho año, é vinieron hacer reverencia á la Reyna, estando presente el Infante, el qual se levantó á ellos é les dixo que fuesen bienvenidos, y ellos le besaron la mano, é le pidieron por merced que los perdonase.

CAPÍTULO VII.

De como el Duque Austerriche y el Conde de Lucemburg, alemanes, embiaron decir á la Reyna y al Infante que les servirian en esta guerra, á ellos placiendo.

En este tiempo, como se sonaba por todo el mundo la guerra que el Rey de Castilla hacia contra los Moros, é las cosas que el Infante su tio habia hecho contra ellos, dos Grandes Señores de Alemania, el uno llamádo el Duque de Austerriche, el otro Conde de Lucemburg, pensaron de venir á esta guer-

ra, é acordaron de lo embiar hacer saber á la Reyna é al Infante; sobre lo qual embiaron dos Caballeros con sus cartas de creencia, los quales llegaron á Tordesillas en once dias de Abril del dicho año; é dadas las cartas, explicaron su creencia, por la qual les hacian saber que por servicio de Dios é amor suyo, ellos vernian á su costa á les servir con lo que pudiesen, á ellos placiendo. E por quanto el Duque de Austerriche estaba sin muger, é habia sabido en como la Reyna Doña Beatriz, hija del Rey de Portugal, muger que habia seydo del Rey Don Juan, padre del Infante, estaba en edad que podia casar, que su merced fuese darla en casamiento al dicho Duque de Austerriche. E á lo primero la Reyna y el Infante respondieron que daban muchas gracias á los dichos Señores en querer venir por servicio de Dios á les ayudar en la guerra de los Moros, é que en el año venidero, quando el Infante hubiese de partir para la guerra, ge lo harian saber, por quanto en este año ellos tenían tregua con los Moros, la qual otorgaron á gran instancia suya, é porque el Andalucía estaba muy cara de pan. E á lo que decian del casamiento de la Reyna Doña Beatriz, le respondieron que ella estaba en una villa suya que se llamaba Villareal, que ge lo escribirian, é lo que á ella pluguiese ge lo harian saber; pero que bien creian que ella no querria casar, porque habia diez y ocho años que estaba viuda, y en este tiempo la habian embiado demandar algunos Reyes é otros Grandes Señores, y ella siempre habia respondido que pues tal marido le habia llevado Nuestro Señor, no entendia de conocer otro. E con todo eso la Reyna y el Infante escribieron á la Reyna Doña Beatriz lo que el Duque de Austerriche embiaba decir, y ella respondió en la forma que solia. E así con esta respuesta los Alemanes se partieron.

CAPÍTULO VIII.

De un gran milagro que Nuestra Señora hizo por dos mozos que estaban captivos en Antequera.

En este tiempo acaesció un gran milagro que Nuestra Señora hizo por dos niños, el uno de edad de diez años, y el otro de doce, los quales estaban captivos é metidos en una mazmorra en Antequera, é dentro en ella les apareció una muger muy hermosa, é les dixo que saliesen de allí, é no hubiesen miedo. E dende á tres dias salieron por un albollon, é aquel dia anduvieron perdidos, é dixo el uno al otro que se tornasen á Antequera, que mejor era que morir así de hambre: é allí les apareció la muger que les habia aparecido, é les dixo: *andad acá, que yo vos llevaré á Teba*; é fuéronse en pos della, é dixo el uno al otro: *allí parece Peñarubia*. E dixoles la muger: *idvos agora derechos á Teba, é no hayais miedo*. E luego la muger desapareció; é los mozos se fueron seguros á Teba.

CAPÍTULO IX.

Como la Reyna y el Infante mandaron llamar los Procuradores, para retificar el casamiento de la Infanta Doña María con Don Alonso, primogénito del Infante Don Fernando.

Despues desto, la Reyna y el Infante embiaron llamar los Procuradores de las Cibdades é Villas para retificar el desposorio de la Infanta Doña María, hermana del Rey, con Don Alonso, primogénito heredero del Infante Don Fernando, como el Rey Don Enrique lo habia dexado concertado é mandado por su testamento. E visto el mandamiento de los dichos Reyna é Infante, los Procuradores se juntaron é fueron presentes á ver retificar el desposorio de la Infanta Doña María é Don Alonso; é fuéles luego puesta casa, é dieron á la Infanta el Marquesado de Villena, é Aranda, é á Portillo; é dióle el Infante en arras treinta mil doblas, é fuéronle puestos oficiales segun pertenecia á tan grandes Señores.

CAPÍTULO X.

De como murió el Maestre de Santiago Don Lorenzo Suarez.

En este año murió en Ocaña el Maestre de Santiago Don Lorenzo Suarez de Figueroa, é luego el

Infante Don Fernando trabajó para haber el Maestrazgo para Don Enrique su hijo, y escribió luego á todos los comendadores que quisiesen elegir á Don Enrique, su hijo legítimo. E como el Comendador mayor de Castilla, Don Garciferandez de Villa García, quisiera ser Maestre, fuéle muy contrario. Y el Infante escribió al Comendador mayor de Leon, rogándole mucho que diese sus voces á Don Enrique, su hijo; el qual le respondió que le placia, é que él se iria luego para Ocaña donde haria todo lo que Su Señoría mandaba. E como quiera que el Comendador mayor de Castilla trabajaba quanto podia por ser Maestre, el Infante embió á Ocaña al Condestable Don Ruy Lopez Dávalos é á su Chanciller, los quales trabajaron tanto, é con ayuda del Comendador mayor de Leon, que Don Enrique, hijo del Infante, fué elegido en concordia por Maestre, é diéronle el hábito en Becerril, estando ende los comendadores mayores é todos los mas de los trece, é muchos de los otros comendadores. E despues que fué hecho maestre Don Enrique, el Infante hizo merced al Comendador mayor de Castilla de quinientos mil maravedis en emienda de la costa que él hizo en la procuracion de la eleccion de Don Henrique.

AÑO CUARTO.

1410.

CAPÍTULO PRIMERO.

De como el Infante se partió de Valladolid para la guerra de los Moros.

En el mes de Hebrero del año del nascimiento de Nuestro Redemptor de mil é quatrocientos é diez años, partió el Infante Don Fernando de Valladolid para la guerra de los Moros, é fué á jornadas contadas hasta que llegó á Sancta Cruz, que es á tres leguas de Truxillo, é supo ende como Don García Hernandez, Señor de Villa García, Comendador mayor de Castilla, se iba despagado porque no habia habido el Maestrazgo de Santiago, é iba con intencion de tomar á Alhange é á Montanches; é luego el Infante embió á gran prisa á mandar á los Alcaydes que no acogiesen al Comendador mayor, los quales pusieron tan buen recabdo en las fortalezas, que el Comendador mayor no pudo entrar en ellas. Y el Infante embió á Fray Juan de Sotomayor, Governador mayor de Alcántara con cient lanzas, para que prendiese al Comendador, el

qual fuyó luego dende é fuése para Portugal; y el Infante tomó su camino para Llerena. E la Reyna Doña Beatriz, muger del Rey Don Juan, que estaba en Villarreal, é supo el debate que habia entre el Infante y el Comendador mayor, fué á Llerena, é rogó muy afectuosamente al Infante que lo quisiese perdonar, el qual como le era obediente como hijo, perdonóle. E hizo venir allí al Comendador mayor, é allí quedó por servidor del Infante, el qual de allí se partió para Córdoba; é allí le vinieron nuevas como Zahara era tomada de los Moros, é la habian escalado el sábado (1) cinco dias del mes de Abril, é como habian muerto en la villa ciento é catorce hombres, é llevado presas sesenta y una mugeres, é ciento é veinte é dos niños, y habian robado la villa y quemado las puertas. E Fernan Rodriguez de Vallecillo, que era ende Alcayde (2) por Alfonso Hernandez de Melgarejo, ha-

(1) En el original está *Lunes*, debiendo decir *Sábado*.

(2) *Adalid* decia en la impresion de Logroño, y está enmendado en ella.

bia muy bien defendido el castillo con hasta veinte hombres que en él tenía. E como fué sabido por los Christianos, vinieron ende muchos de la comarca, entre los quales vino ende el primero Álvaro de Córcoles (1), Comendador de Moron. E luego el Infante embió allí á Juan de Sotomayor, su criado, Governador de Alcántara, con ochenta lanzas; y el Adelantado Perafan vino ende con Sevilla é otros muchos de la comarca; é luego pusieron en obra de reparar todos los muros, é hicieron puertas nuevas á la villa, y enterraron los muertos Christianos que ende habia. Y el Infante mandó prender á Alonso Hernandez Melgarejo, el qual estaba en Córdoba al tiempo que el Infante supo como los Moros habian tomado á Zahara. E quando el Infante le vido, con muy grande enojo que tenia, dixo: *Traidor, ¿que es de Zahara?* E como quiera que él estaba muy turbado, dixo: *Señor, yo dexé en Zahara un Escudero hidalgo, é con la gente que debia en el castillo, é como le fué hurtada por traicion, así se pudiera hurtar á quien quiera; y él defendió el castillo cómo bueno.* Y el Infante con el grandísimo enojo que tenia, quisiera luego hacer justicia dél, é con todo eso, como el Infante era muy noble, sufrió su saña, é mandó llevar preso hasta saber de todo la verdad. E dende á los dos dias el Infante fué certificado como el castillo se habia bien defendido; y como Zahara era en poder de los Christianos, é como estaba dentro della el Governador de Alcántara, tirósele algo del enojo que tenia. Y el Almirante Don Alonso Enriquez y el Condestable pidieron por merced al Infante que perdonase á Alonso Hernandez Melgarejo, pues la villa se habia perdido por traicion que hizo un mal Escudero suyo, que se llamaba Anton Hernandez de Beteta, que la habia vendido á los Moros; lo qual se creyó, porque quando los Moros llevaron captivos á todos los de Zahara, llevaban á este Anton Hernandez, é á su muger é á sus hijos cavalgando é sueltos, é los otros iban todos á pié é atados. E supieron por cierto por hombres dignos de fe que todos los Christianos de Zahara estaban en fierros, y éstos andaban sueltos por toda la cibdad. E los dichos Almirante y Condestable le pidieron por merced que quisiese tornar á Zahara á Alonso Hernandez Melgarejo, pues que era sin culpa, y el Infante ge la tornó. Y en tanto que él estuvo preso, embió el Infante á Zahara por Alcayde á Garcia Hernandez Melgarejo, su hermano, é despues mandó soltar, é tornóle la fortaleza de Zahara como la solia tener.

CAPÍTULO II.

De como estando el Infante en Córdoba mandó llamar todos los Grandes que ende estaban para haber su consejo en la entrada que queria hacer.

Y estando así el Infante en Córdoba, en veinte dias del mes de Abril del dicho año, el Infante man-

(1) *Chércoles* decia en la impresion de Logroño y está enmendado en ella.

dó llamar á consejo á todos los Perlados y Caballeros que con él estaban, para haber su consejo en la entrada que queria hacer en tierra de Moros; y estuvieron en el consejo Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, y el Almirante Don Alonso Enriquez, tio del Infante, é Don Enrique, Conde de Niebla, é Pero Manrique, Adelantado de Leon, é Don Pero Ponce de Leon, Señor de Marchena, é Gomez Manrique, Adelantado de Castilla, é Diego Hernandez Mariscal, é Don Gutierre, Arcediano de Guadalaxara, é Pero Garcia, Mariscal, é Martin Hernandez, Alcayde de los Donceles, é Carlos de Arellano, é Garcifernandez Manrique, é Juan Hernandez Pacheco, y el Doctor Pero Sanchez del Castillo, é otros nobles hombres aragoneses que eran ende venidos á se armar caballeros; y el Infante les dixo: «Yo vos embié llamar por vos hacer saber como yo quiero entrar en tierra de Moros por continuar esta guerra que el Rey mi Señor y mi hermano dexó comenzada; é pues que aquí estais algunos del Consejo del Rey é otros Caballeros que mucho habeis visto en hecho de guerra, quiero saber de vos que vos parece que debo hacer. E lo primero que vos pregunto es, si vos parece que es tiempo de entrar, porque ya son andados veinte dias del mes de Abril; é lo segundo, á qual parte debo entrar porque mas daño resciban los Moros; lo tercero, si vos parece que debo poner cerco sobre alguna villa ó lugar, ó si debo andar por la tierra talando é haciendo daño, esperando batalla si el Rey de Granada la querrá dar. «Sobre lo qual todos estos Caballeros se juntaron é hablaron mucho en ello; é todos de un acuerdo dixerón, á lo primero, que aun les parecia que no era tiempo para entrar, por quanto entonces hacia muchas aguas, é aun no habia yerba en los campos para las bestias, á aun porque no le era llegada tanta gente quanta cumplia para entrar poderosamente en tierra de Moros; é á lo segundo que decia por donde debia entrar, eran muchas opiniones: unos decian que debia entrar á Baza, é poner sitio sobre ella que era llana, é creian que prestamente la podia tomar; é otros decian que debia ir á Gibraltar, pues que tenia flota é la mandaba de nuevo mucho acrecentar, é la podia cercar por la mar é por la tierra; otros decian que debia cercar á Antequera, que estaba muy cerca y era muy buena villa, é sí el Rey de Granada viniese á la descercar, él podria prestamente haber á su servicio toda la gente del Andalucía. E vistas las razones que los unos y los otros decian, el Infante determinó de luego entrar é ir poner sitio sobre Antequera, lo uno, porque estaba cerca, é porque los pertrechos que llevaba podian ligeramente ser allí llevados, lo qual no podia tan presto hacerse para ir á Baza; é lo otro, porque queria más comer la tierra de los Moros que no la del Rey su señor é su sobrino; para lo qual el Infante daba muchas razones por que no debia ir á Gibraltar ni á Baza, é que era mucho mejor ir á Antequera. E despues de muchas altercaciones todavia se concluyó que debia ir sobre Antequera. E como

quiera que los mas que allí estaban quisieran que no partiera tan presto, el Infante determinó en todo caso de se partir con la gente que tenia, creyendo que los que le venian á le servir abreviarían mas presto su venida. E luego el lunes veinte é un dias del dicho mes de Abril, el Infante partió de Córdoba, é fué dormir á la Parrilla, é otro dia martes fué á Écija é dormió en los Quartillos, que es media legua dende; é otro dia miercoles fué á Alhonor, y estuvo ahí el jueves, que no pudo partir porque hacia muy grande agua, é allí llegó Perafan de Ribera que traia el espada del Santo Rey Don Fernando que ganó á Sevilla; y el Infante la salió á rescebir gran pieza, é quando llegó apeóse del caballo, é besó la espada con gran reverencia; y el Infante quiso partir luego otro dia viernes, é los del Consejo no ge lo consintian, diciendo que llevaba poca gente para entrar en reyno de enemigos: é por mucho que lo porfiaron, todavia partió ese dia viernes, é allegó al rio de las Yeguas, é allí tornaron mucho á porfia con él que esperase mas gente, é todavia él partió el sabado á veinte y seis dias del mes de Abril, é continuó su camino por ir asentar su Real sobre Antequera; é la gente que con él iba podia ser hasta dos mil é quinientos hombres de armas, é mil ginetes, é hasta diez mil peones, é tanto que salió al llano, ordenó sus batallas en esta guisa. Mandó que Don Pero Ponce de Leon, Señor de Marchena, é Martin Hernandez, Alcayde de los Donceles, é Élgas de Córdoba, é Alonso Martinez de Angulo, é Alonso Hernandez de Argote, é los ginetes, é tres mil peones con ellos fuesen en la delantera de la batalla primera. Y en la batalla primera ordenada iban Don Ruy Lopez Davalos, Condestable de Castilla, é Don Enrique, Conde de Niebla, é Diego Fernandez de Córdoba, é Pero Garcia de Herrera, Mariscal del Rey, é Diego de Sandoval, Mariscal del Infante, é Garcifernandez Manrique, é Carlos de Arellano, é Don Garcifernandez de Villa Garcia, Comendador mayor de Castilla, é Don Lorenzo Suarez, Comendador mayor de Leon; é con el ala derecha iban Don Alfonso Enriquez, Almirante de Castilla, é Juan de Velasco con la gente de sus casas, é hasta mil hombres de pié; y en el ala izquierda iba Gomez Manrique, Adelantado de Castilla, é sus gentes, é con él otros mil hombres de pié, y en la reguarda iba el Señor Infante con sus pendones juntos cerca dél, é todos los mancebos de su casa é guardas de su persona, é hasta mil lanzas de hombres de armas; y al ala de la mano derecha llevaban al Obispo de Palencia, é á Don Alvar Perez de Guzman, Alguacil mayor de Sevilla, é Pero Nuñez de Guzman, Copero mayor del Infante, é Alfonso Tenorio, Adelantado de Cazorla, é Ramir Nuñez de Guzman, Señor de Toral, é Pedro de Guzman, Merino de las Beetrías; el ala izquierda llevaban Perafan de Rivera, é Diego Hernandez de Quinones, é Álvaro, Camarero del Infante, é Rodrigo de Narbaez, é Peralonso de Escalante. E llevaban estas alas cada dos mil hombres de pie, é iba en las espaldas de la batalla del Infante todo

el recuage, donde iban tantas azemilas con resposteros colorados é tantas carretas, que era maravillosa cosa de ver, é parecia ser diez tanta gente de la que iba.

CAPÍTULO III.

Como el Infante Don Fernando asentó su Real sobre Antequera.

E así el Infante asentó su Real sobre Antequera, sabado, é fué mirar la villa toda en torno, é con él todos los Grandes que ende estaban, é parecióles muy fuerte; é subió encima de una sierra que se fiorea toda la villa, é allí estaba una mezquita á que los Moros llamaban Rabita; é pensó que si los Moros tomasen aquella sierra, podria haber la villa gran socorro, como ya otra vez habia acaescido al Rey Don Alfonso, su visabuelo, teniendo cercada esta villa de Antequera. Y el Infante dixo á los del Consejo que le parecia que se debia tomar aquella sierra, é todos ge lo contradixeron, diciendo que tenia poca gente, é seria peligrosa cosa de la partir en dos Reales; que si el Rey de Granada viniese dar en uno dellos, que ante que fuese del otro acorrido, podia rescebir gran daño. E otro dia, domingo, tornó el Infante á ver aquella sierra, é dixo que si aquella sierra no se tomaba, excusado era de cercar á Antequera, é todavia porfiaban con él que no se tomase. Y entonces el Infante mandó al Adelantado Alonso Tenorio, é á un Caballero viejo, francés, llamado Perin, que fuesen mirar aquella sierra é le dicesen su parecer, los quales la miraron bien é dixerón al Infante que les parecia que todavia se debia tomar. Y el Infante les preguntó que gente seria menester para la tomar, y ellos le respondieron que quatrocientas ó quinientas lanzas bastarian; y el Infante lo puso en consejo. E como quiera que los mas lo contradecian, desde que veian que al Infante mucho placia, dixerón que era bien que se tomase, pero ninguno hubo que dixese que la iria á tomar. Entonces el Infante dixo: «¡por cierto mengua hace aquí mi visabuelo Don Juan Manuel!» Entonces dixo Don Sancho, Obispo de Palencia: «Señor, si Vuestra Merced manda, yo la tomaré con los que conmigo vienen en el ala derecha de vuestra batalla.» E al Infante plugo mucho dello, é mandóle que la fuese tomar; é aunque era mucho noche, luego el Obispo se partió para tomarla, é fueron con él Diego Hernandez de Quinones, Merino mayor de Asturias, é Don Alvar Perez de Guzman, é Juan Hurtado de Mendoza, é Alonso Tenorio, Adelantado de Cazorla, é Pero Garcia de Herrera, Mariscal del Rey, é Juan Hernandez Pacheco, é otros muchos Caballeros que podian ser todos hasta seiscientas lanzas, é con ellas dos mil peones, é asentaron Real en lo mas alto de la sierra, que es en frente de la villa; é otro dia de mañana miraron bien é vieron que habia otra sierra mas alta, é les pareció que se debia tomar, y embiáronlo luego decir al Infante, el qual la vino á ver é halló que aprovecharia poco la sierra primera si aquella no se tomase, é

halló que eran menester para la tomar quatrocientas lanzas é mil peones. E luego el Infante mandó ende ir al Conde Don Martin Vazquez, é á Fernan Perez de Ayala, Merino mayor de Guipuzcua, é á Fray Juan de Sotomayor, Governador de Alcántara, é á Ramiro de Guzman. Y el Infante mandó mudar su Real de donde le habia asentado, é asentólo en otra sierra á la mano izquierda de la villa.

CAPÍTULO IV.

De como el Infante embió para hacer las bastidas é todas las otras artillerias que eran menester para combatir á Antequera.

E como el Infante con gran deseo tomaba esta guerra de los Moros, trabajaba en tanto que duró la guerra de hacer todos los pertrechos que para ella convenia. E vino á él un mancebo natural de Carmona, el qual se llamaba Juan Gutierrez, el qual era muy grande artillero, é sabia muy bien hacer bastidas y escalas, é de tal manera las ordenaba, que dándole todo lo necesario para las hacer, qualquiera cibdad ó villa se podría tomar por fuerte que fuese. Y el Infante hubo con él gran placer, é rescibiólo en su casa, é hizole muy gran partido, é mandólo ir á Sevilla, é allí le dieron toda la madera é clavazon, é todas las otras cosas que le hacian menester para hacer las bastidas y escalas, las quales hizo tan grandes é tan hermosas, que era cosa de maravilla. Y el Infante quando fué en Córdoba, embió á Fernan Rodriguez de Monroy, Señor de Belvis, é mandóle que desde Sevilla hiciese llevar las bastidas á Antequera, porque eran muy pesados pertrechos, é habian menester muchas carretas, é ir su paso á paso; y embió mandar á la cibdad de Sevilla que le diesen las carretas que para esto fuese menester, é mil é doscientos peones que fuesen con él. E Fernan Rodriguez de Monroy dió muy grande acucia en cargar estos pertrechos, é hubo menester para los llevar trecientas é sesenta carretas, las quales se labraron en el corral del Alcazar, é habia de necesario de salir por la puerta de Xerez, é la madera era tan larga é tan gruesa, que no pudo salir sin romper el muro, y embiáronlo hacer saber al Infante, el qual embió luego mandar que se rompiese el muro, é salidos los pertrechos lo tornasen luego cerrar á costa del Rey, é así se puso en obra. (*E nunca se halla muro de Sevilla ser rompido, desde que Julio César lo pobló, has á entonces.*) (1) E Fernan Rodriguez de Monroy dió tan grande priesa en llevar las bastidas, que partió de Sevilla en cinco dias de Mayo.

CAPÍTULO V.

De lo que el Rey de Granada hizo desde supo que el Infante estaba sobre Antequera.

El Rey de Granada como supo que el Infante estaba sobre Antequera, mandó á dos Infantes, sus

(1) La forma en que se imprimió esta observacion, indica ser una acotacion ó nota que se intercaló en el texto.

hermanos, que con todo su poder se fuesen á la villa de Archidona, é mandó pregonar que todos los Moros de Granada así de caballo como de pie, de todas sus cibdades é villas, se fuesen á Archidona para sus hermanos los Infantes por ir decercar la villa de Antequera, que tenia cercada el Infante Don Fernando; é allí fueron juntos hasta cinco mil de caballo é ochenta mil peones. E como el Infante tenia sus guardas y escuchas en el campo, supo deste ayuntamiento, é pensó que le vinian á dar la batalla, de que el Infante hubo muy gran placer, esperando en Dios de haber la victoria, é que habiéndola, la guerra del Reyno se acabaria mas presto. E los Infantes Moros llegaron á Archidona, domingo en la tarde, quatro dias de Mayo; é luego otro dia lunes movieron su Real los peones por la sierra, é los caballeros por la falda della, é fueron asentar su Real en una sierra que llaman la Boca del Asna, que es á una legua de Antequera, donde los Reales así de los Christianos como de los Moros, se veian bien los unos á los otros.

CAPÍTULO VI.

De lo que los Moros hicieron desde que hubieron asentado su Real.

E desde que los Moros tuvieron asentado su Real, descendieron algunos dellos de la sierra por ver mejor el Real de los Christianos, é habian salido asimesmo del Real del Obispo de Palencia hasta ciento de caballo por mirar el Real de los Moros; é desde que se vieron cerca, travóse entre ellos escaramuza, é murieron en ella tres Caballeros Moros, el uno era Cabecera de Ronda, é los otros Capitanes, é prendieron un Caballero del qual el Infante supo como los Moros eran dos Infantes hermanos del Rey, que traian cinco mil de caballo é ochenta mil peones; en la qual escaramuza se mostraron mucho Rui Diaz de Mendoza, hijo del Comendador de Estepa, é Juan Carrillo de Ormazá, é Anton Garcia Gallego.

CAPÍTULO VII.

De lo que el Infante hizo desde que vido que los Moros descendian por la sierra.

Desde que el Infante vido que los Moros se acercaban é se vinian por las sierras mas altas, receló que vernian á tomar una sierra muy alta que estaba detrás del castillo de la villa; é porque los Moros no la tomasen, mandó á Álvaro Camarero, é á Rodrigo de Narbaez, é á Pero Alonso Descalante que la fuesen tomar con quinientas lanzas, y embió mandar á Martin Hernandez, Alcayde de los Donceles, é á Lopez Ortiz de Estúñiga, que asimismo fuesen allá con la gente que tenian, é no quisieron ir. E Álvaro Camarero, é Rodrigo de Narbaez, é Peralonso partieron muy noche del Real, é tomaron la sierra, de donde oian muy claro el ruido que los Moros tenian en su Real, y estuvieron toda la noche armados por recelo de los Moros, porque tenian muy poca gen-

te. E otro dia de mañana mandó embiar por ellos, porque fué certificado que los Moros venian á la batalla.

CAPÍTULO VIII.

De como el Infante embió ciertos Caballeros á ver el Real de los Moros como estaba asentado.

Otro dia martes, seis dias de Mayo, dia de San Juan del dicho año, embió el Infante á Don Pero Ponce de Leon, Señor de Marchena, é á Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, é á Garciferandez Manrique, é á Don Lorenzo Suarez de Figueroa, Comendador mayor de Leon, é á Fray Juan de Sotomayor, Governador de Alcántara, é á Ramiro de Guzman con hasta ochocientas lanzas é hasta trescientos peones que con ellos fueron por ver el Real de los Moros como estaba asentado; los quales llegaron muy cerca, é vieron que la gente de peones era tanta, que se no podia bien numerar, é la de caballo les parecia, segun el asentamiento de las tiendas, que podian ser cinco mil de caballo poco mas ó ménos. E los Moros peones de la sierra desde vieron los Christianos tan cerca de su Real, descendieron algunos dellos por escaramuzar, é travaren su pelea con los peones christianos é con algunos ginetes que se les acercaron. E Don Pero Ponce entró en otra escaramuza é sacó la gente della, donde murieron algunos pocos, así de los Christianos como de los Moros, é fuése volviendo su paso á paso para el Real del Infante; é como ellos se iban así, los Moros los seguian pensando que los Christianos fuian. E Don Pero Ponce embió decir al Infante que mandase aparejar sus gentes, que los Moros iban á pelear con él. E quando el mensajero llegó toda la gente del Real estaba sosegada; y el Infante mandó tocar las trompetas é armar la gente. Entonces los Moros tomaron su camino para la sierra Rabita, donde estaba Don Sancho, Obispo de Palencia, é otros Caballeros que el Infante habia allí embiado. Y en esto Don Pero Ponce, é Carlos de Arellano, é los otros Caballeros que el Infante habia embiado á ver el Real de los Moros, llegaron al Infante é dixéronle como los Moros venian contra el Real do estaba el Obispo de Palencia; y estos Caballeros se fueron á dar cebada, que traian los caballos muy cansados, é luego el Infante los embió á llamar. E como los Moros vieron que Don Pero Ponce é los otros Caballeros iban á otra parte é no á la sierra donde estaba el Obispo, donde los Moros creian que estaba todo el Real del Infante, creyeron sin dubda que los Christianos fuian; é como la sierra por donde los Moros venian era mas alta que la Rabita, parecia del Real del Obispo que venia toda la sierra cubierta de Moros, é traian todos quezotes vermejos, y las barbas y cabellos alfeñados, parecian que eran vacas. E como el Obispo los vido mandó armar toda su gente, el qual tenia en derredor de su Real hasta una tapia de tierra, y en algunos lugares cercado de piedra seca, é tenia ordenado cada Caballero por donde guardase su lu-

gar. E desde que los Caballeros fueron puestos cada uno donde debia estar, fallecia á una parte donde habia de guardar Pero Nuñez de Guzman el Mozo, Merino mayor de las Beetrias, al qual fué mandado que fuese al Real del Obispo de Palencia, é no habia ido; por eso el Obispo puso quien guardase aquel portillo donde él fallecia; é como tuvo toda la gente ordenada, é vido que los Moros venian contra él, embió demandar socorro al Infante, el qual embió luego á Juan de Velasco, Camarero Mayor del Rey, é á su mariscal Diego de Sandoval, é á Pedro de Estúñiga hijo de Diego Lopez de Estúñiga, Justicia mayor; los quales como llegaron, hallaron que la pelea era comenzada entre los Christianos que estaban en la Rabita con los Moros, y ellos todos comenzaron la pelea. Y el Infante mandó salir toda la gente de su Real, é ordenó sus batallas, y en su batalla estaban todos los pendones, y en medio dellos una Cruz con el Crucifixo, la qual Cruz llevaba un Frayle del Cístel, é así movió el Infante sus batallas ordenadas. E á este tiempo llegó Diego Lopez de Estúñiga con hasta doscientas lanzas que venia de Osuna, donde habia quedado, é venia con él Fernan Vazquez, Chanciller del Infante, los quales venian de gran priesa por se hallar en la batalla. E Diego Lopez de Estúñiga vino á esta guerra á su costa por servicio de Dios, é por ganar la Indulgencia que el Papa daba á los que en aquella guerra á su costa sirviesen, absolviéndolos á culpa é á pena.

CAPÍTULO IX.

De como las batallas del Infante comenzaron de mover, é de como la batalla se dió, de que el Infante Don Fernando hubo la victoria.

E como las batallas del Infante comenzaron á mover, el Infante mandó ir adelante á Gomez Manrique, Adelantado de Castilla, é á Pero Manrique, Adelantado de Leon, é á Don Pero Ponce, é á Carlos de Arellano, é á Garcí Hernandez Manrique, é á Martin Hernandez, Alcayde (1) de los Donceles, é á Lope Ortiz de Estúñiga, Alcalde mayor de Sevilla. E como los Moros llegaron al palenque donde el Obispo estaba, llegó un Moro que era un Alfaquí á la parte donde estaba Juan Hurtado de Mendoza, diciendo á grandes voces: *daivos* (2), *mezquinos, é no morredes*; el qual Moro fué luego muerto, é muchos otros que llegaron ende. E como las batallas del Infante venian ordenadas, é la muchedumbre de los Moros que estaban en la sierra las vieron así venir, parecíoles que todos los Christianos del mundo venian allí; é como los vieron llegar así por todas partes, hubieron muy gran miedo, é comenzáronse vencer. Y entonces cavalgaron algunos hombres darmas de Diego Hernandez

(1) *Adalid* decia en la edicion de Logroño, y en ella se halla corregido *Alcayde*.

(2) *Atadros* decia en la impresion de Logroño, y se corrigió *dadros*.

de Quiñones, é de Don García Hernandez de Villa García, Comendador mayor de Castilla, é Juan Hurtado de Mendoza, é del Governador de Alcántara, é salieron del palenque á pelear con los Moros; é ante que los Moros se comenzasen á vencer, Lope Ortiz de Estúñiga vido un gran tropel de caballeros Moros que peleaban en la sierra Rabita con los Christianos, é travó pelea con ellos, pensando que fuera socorrido de los suyos é del Alcayde (1) de los Donceles que iba cerca; é con él no iban, salvo seis de caballo de ochenta suyos que llevaba, é fué herido de una lanzada de que cayó del caballo, é fué muerto por mengua de socorro de los suyos é del Alcayde de los Donceles, é de Diego de Ribera, que iban cerca dél, é murió como muy buen caballero peleando con el espada cuanto la vida le duró. E así los que el Infante de su Real embió, como los que estaban en el Real del Obispo de Palencia, cavalgaron é siguieron el alcance de los Moros, mandando é hiriendo en ellos hasta que llegaron á la Boca del Asna, donde los Moros tenían su Real asentado. E como en el Real de los Moros habian quedado para le guardar asaz peones y caballeros, é vieron venir sus Moros huyendo, comenzaron á pelear con los Christianos que venian en el alcance; é como vieron el grande esfuerzo de los Christianos desampararon su Real, é comenzaron á fuir. E los Christianos seguian el alcance media legua allende de su Real, donde hay dos caminos, uno que va á Málaga, y el otro á Coche, camino de Granada. E de los Moros que iban huyendo, los unos tomaron el camino de Málaga, los otros el de Coche; é siguieron el alcance por el camino de Coche Don Pero Ponce de Leon, Señor de Marchena, é Diego de Ribera, é Alonso Martinez de Angulo, é Alonso Alvarez de Eciija, é otros muchos Caballeros; é siguieron el alcance camino de Málaga Gomez Manrique, Adelantado de Castilla, é Pero Manrique, Adelantado de Leon, é Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, é Garcífernandez Manrique, Señor de Aguilar é de Castañeda; é los unos siguieron el alcance hasta que llegaron á Coche, é los otros, tanto, hasta que los caballos no los podian llevar. En el qual alcance murieron tantos Moros, que no se pudieron contar. Y el Infante como vido que los Moros iban desbaratados, movió sus batallas regladas, é fuése por el camino contra la Boca del Asna donde los Moros tenían su Real; é mandó á Don Lorenzo Suarez de Figueroa, Comendador mayor de Leon, que quedase en guarda de su Real, porque los Moros de Antequera no saliesen á hacer daño en él, ni en los pertrechos que en él estaban. Y el Infante recogió toda la gente que era ida en el alcance de los Moros, é volvióse á su Real dando muy grandes gracias á Dios é á Nuestra Señora la Virgen María, por la buena andanza que Dios habia dado á él é á los Christianos; é llegó muy tarde al Real por recoger todos los que eran idos en el alcance, é fué robado la mayor parte del Real de los Moros; é

(1) Errado y corregido como arriba.

aunque en él se hallaron muy grandes cosas, el Infante ninguna cosa quiso, salvo la honra de la victoria, é un caballo vayo muy bueno que se halló en una tienda de los Infantes. Y en esta batalla fueron tantos presos é muertos, que no se pudo haber certidumbre dello; mas de quanto algunos dias despues se supo que el Rey de Granada habia mandado saber que gente habia entrado de Moros, é hallóse por las nóminas de los lugares donde vinieron que fallecian mas de quince mil Moros; é de los Christianos mandó saber el Infante quantos fallecian, é hallóse que serian muertos hasta ciento é veinte.

CAPÍTULO X.

De como el Infante escribió á la Reyna é á las ciudades de Castilla la gran victoria que Dios le habia dado de los Moros.

E habida por el Infante esta grande victoria, escribió luego á la Reyna é á todas las Cidades principales del Reyno, haciéndoles saber la victoria que Nuestro Señor le habia dado de los Moros, pidiendo por merced á la Reyna que mandase hacer procesiones, dando grandes gracias á Nuestro Señor por el vencimiento que de los Moros habia habido.

CAPÍTULO XI.

De como Fernan Rodriguez de Monroy llegó con los pertrechos al Real de sobre Antequera.

Como dicho es que Fernan Rodriguez de Monroy habia quedado en Sevilla por mandado del Infante por llevar las bastidas, por grande priesa que él llevó andando de noche é de dia, no pudo llegar ante el Real de sobre Antequera hasta doce dias de Mayo; é con su venida el Infante hubo muy gran placer, é mandó descargar las bastidas al pie de la cuesta de la torre que agora llaman la torre del Escala; y el Infante tenia ordenado de armar estas bastidas en un llano que se hace delante desta torre; é tantos eran los tiros de pólvora que de aquella torre tiraban, que no era quien lo pudiese sufrir, é por eso el Infante mandó armar la una bastida abaxo de aquella torre, é dió la guarda della al Condestable Don Rui Lopez Dávalos; é desde que fué armada, quebrantóse un pie, de que el Infante hubo muy grande enojo, é hubo de adobar é poner mas ayuso, poniendo tablas de madera porque se pudiese llevar. E como quiera que desde la villa hacian gran daño, así con los tiros de pólvora como con las vallestas, é mataban y ferian muchos de los que armaban las bastidas, tan grande priesa se dió, que se armaron; y el Infante mandó á Fernan Rodriguez de Monroy que con la gente que tenia allanase el camino por donde habia de ir la bastida á la torre que dicha es. E como quiera que ende estaba una gran cuesta, tanta era la gente que ende cavaba de dia y de noche, que hicieron el camino muy llano por donde fuése la bastida, é luego como fué armada, lleváronla

llano que es delante de la torre de la villa; é quando esta bastida fué llegada cerca de la torre, comenzaron armar otra bastida y el escala, la guarda de la qual mandó dar el Infante á Garcí Hernandez Manrique, Señor de Aguilar, é á Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, é á Alvaro su Camarero, é á Rodrigo de Narbaez, con otros Caballeros é gentes asaz. E los de la villa tenían tan grande lombardería, que mataban é ferian cada dia muchos de los Christianos, así hombres darmas como peones; é por muchas partes en otros pertrechos que ponian para se defender de los otros tiros de pólvora, no les aprovechaba nada, é especialmente cuando los Moros tiraban con una gruesa lombarda que tenían, á que no aprovechaba cosa alguna para se amparar della. Y el Infante daba muy gran priesa á su lombardero, llamado Jacomin Aleman, para que tirase con las lombardas, para que empachase á los Moros que no pudiesen hacer tanto daño con sus tiros como hacian; é Jacomin se ofreció que quebraría la gruesa lombarda que los Moros tenían, é tiró algunos tiros de que hizo asaz daño en la villa, pero no acertó en la lombarda; é miró bien, é desde que los Moros quisieron poner fuego á la lombarda gruesa, puso él fuego á la suya que llamaban Santa Cruz, é llegó antes que saliese la piedra de los Moros, é dió en medio de la boca de su lombarda, é hizola pedazos. E desde que el Infante lo supo, hizo merced al lombardero.

CAPÍTULO XII.

De como trecientos de caballo que estaban por fronteros en Jaen se perdieron por creer el consejo de los mancebos.

En este tiempo, estando por fronteros en Jaen Don Diego, hijo del Conde Don Alonso, é Fernando de Torres, é Pero Muñiz de Torres, é Fernan Ruiz de Narbaez, é otros Caballeros muchos, los quales acordaron de entrar á correr tierra de Moros, cavalgaron en viernes dos dias antes de Pascua de Pentecoste, en el mes de Mayo año susodicho, é llegaron á la Guardia, lugar de Diego Gonzalez Mexía, é dixéronle el acuerdo con que iban, é acordó de se ir con ellos; é serian todos hasta ciento y veinte de caballo, é docientos y cincuenta peones, é anduvieron toda la noche, é pasaron cerca de un castillo de Moros que dicen Arévado; é otro dia de mañana acordaron algunos de los dichos Caballeros que fuesen á correr al castillo de Pinar, é otros lo contradecian, diciendo que era muy cerca de Granada; é tanto porfiaron Don Diego é Fernando de Torres, que todos hubieron de ir á correr á Pinar, aunque fué contra voluntad de los mas; é corrieron el campo, é sacaron asaz ganados de bueyes y vacas; é viniendo por su camino con su cavalgada, pasaron junto con Monte Xicar, é ahí descavalgaron é comenzaron á combatir el castillo é quemar las casas que cerca dél estaban. Y estando así combatiendo, vieron venir hasta dos mil peones Moros de caballo con tres pendones puestos en batalla, é tanto fueron turbados los Christianos por ver

tan gran muchedumbre de Moros cerca de sí, que pocos pudieron cavalgar; é Fernando de Torres cavalgó, é hasta treinta de caballo con él, los quales hicieron tres entradas en los Moros que delante venian, é allí murieron tres Moros de caballo, é de los Christianos cinco é algunos peones; é como la batalla gruesa llegó, los Christianos no lo pudieron sufrir, é hubiéronse de subir en un cerro alto cerca del castillo, é los Moros cercáronlo por todas partes; é allí se juntó con Fernando de Torres Pero Muñiz con veinte é cinco de caballo, é acordaron de morir ó salir de entre ellos, é aderezaron por una parte, é pusieron las lanzas so los brazos, é todos en tropel entraron por entre los Moros, é derribaron algunos dellos; é los Christianos murieron todos, salvo Pero Muñiz, que escapó con cinco de caballo, porque llevaba buenos caballos; é Don Diego salió por otra parte con siete de caballo; é Diego Gutierrez é Fernan Ruiz acogiéronse á las casas é comenzaron á se defender; é desde que vieron que no podian ampararse de los Moros, diéronse á prision al Alcayde de Mofarres que venia por Capitan. E fueron allí presos docientos y treinta y tres Christianos, é muertos en la escaramuza sesenta. De donde todos los que estan en guerra deben mucho mirar de no tomar consejo de los mancebos, los quales con el ardidez é poca experiencia que tienen de los hechos de armas, á las veces por se mostrar muy valientes ponen á sí é á los otros en gran peligro. E los reyes y los capitanes que gobiernan la guerra deben crudamente castigar á los tales.

CAPÍTULO XIII.

De lo que el Infante hizo desde que las bastidas fueron armadas.

Y dexando de mas hablar en el caso desastrado ya dicho, que aquí se puso por dar exemplo á otros, tornaremos á decir lo que el Infante hizo, el qual desde que tuvo sus bastidas armadas, mandó cegar una cava que los Moros tenían hecha delante de la torre, porque pudiesen llevar las bastidas, é mandó que la fuesen cegar los peones, de los quales mataban tantos de la villa, que no habia ninguno que osase llegar á cegar la cava. E como lo dixeron al Infante vido bien que no habia remedio si los hombres darmas no pusiesen en ello las manos; é luego mandó á todos los Ricos-Hombres y Caballeros del Real que cegasen la cava con su gente de armas; é como el Infante viese que se hacia floxamente, cavalgó é fué ver lo que se hacia, é con grande enojo que hubo descendió del caballo, é mandó tomar delante de sí un paves de barrera, é tomó un espuerta de tierra, echóla en la cava, é dixo á todos: *Haced vergüenza, é haced lo que yo hago.* Entonces todos los Caballeros que ende estaban dieron tan grande acucia, que la cava se cegó prestamente, é cegada, el Infante mandó armar las bastidas é la escala, donde fueron feridos Carlos de Arellano, é Alvaro Camarero, é Rodrigo de Narbaez, é Pero Alonso Descalante, é muchos Escuderos de los suyos, é